

La vida de Lazarillo de Tormes a la nueva luz de Barcarrota

ROSA NAVARRO DURÁN

Universidad de Barcelona

El ejemplar único de la edición de Medina del Campo de 1554 de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, impresa por Mateo y Francisco del Canto, que es ahora la joya de la biblioteca de Barcarrota, nos dice hoy muchas cosas sobre esta espléndida obra. Vio por segunda vez la luz en el año 1992, al romperse un muro de la casa n.º 21 de la plaza de Nuestra Señora, en Barcarrota, y quedar al aire una oquedad o alacena con el tesoro escondido del que él formaba parte.

Su emparedamiento y su condición de ejemplar único de esa edición antes desconocida –y también la encuadernación que lo protege: pergamino con un fragmento de antifona– nos dicen mucho sobre el peligro que suponía tener la obra. Fernando Serrano Mangas, en su magistral investigación sobre *El secreto de los Peñaranda*,¹ llega a identificar al autor de ese impensable legado: es Francisco de Peñaranda, que abandona su casa en 1557 –antes, por tanto, de que se prohibiera el *Lazarillo* en el índice del inquisidor Valdés, de 1559–, médico de Llerena, judío. En esos siglos de oscuridad total, en ese escondite, la presencia de dos obras de Erasmo, la *Lingua* y *De vitiosa verecundia* (Lyon, 1538), junto a su creación, el *Lazarillo*, hubiera agradado mucho al erasmista Alfonso de Valdés.

El inquisidor Juan López de Velasco editó en 1573 una edición expurgada de *La vida de Lazarillo de Tormes*: le faltaban dos tratados, el cuarto y el quinto. El inteligente censor apuntó muy bien en su «limpieza» del texto: suprimió el breve episodio del fraile de la Merced y el del buldero. Supo leer muy bien uno y otro. El trote del fraile de la Merced estaba en relación con esos zapatos que le regaló a Lázaro, el mozo que está a su servicio, y que no le duran nada: «Este me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me duraron ocho días ni yo pude con su trote durar más».² Lázaro no vuelve a mencionar nada más sobre calzado alguno, porque los zapatos, como más adelante «la ropa vieja» –el hábito de hombre de bien–, dicen mucho más de lo que aparentan. La estafa del buldero no oculta nada: una falsedad en bula y milagro para engañar a la gente con una magistral farsa que representa junto a su cómplice, el alguacil. Y además, si dice mucho sobre la época de redacción de la obra si se compara el relato con su fuente, la novela IV del *Novellino* de Masuccio. Alfonso de Valdés sustituyó la reliquia, que era el centro de la estafa del par de clérigos del relato del novelista italiano, por la bula, asunto sobre el que no se podía hacer burlas después del cisma luterano y mucho menos des-

1 F. SERRANO MANGAS, *El secreto de los Peñaranda. El universo judeoconverso de la biblioteca de Barcarrota. Siglo XVI y XVII*, Huelva, Universidad de Huelva y Editora Regional de Extremadura, 2004.

2 Alfonso de VALDÉS, *La vida de Lazarillo de Tormes, en Novela picaresca, I*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Biblioteca Castro, n.º 43, 1991, p. 43.



pués del comienzo del concilio de Trento. Lo vio muy bien un lector tan inteligente y finísimo crítico como Francisco Ayala:

Pero tampoco carece de significación el hecho de que nuestro autor, puesto a adaptar el cuento de Masuccio, transforme la treta del fraile que abusa de la credulidad en las reliquias, adaptándola como treta para vender bulas [...] la cronología de la acción fingida en ésta indica de modo muy exacto que la bula vendida por el amo de Lazarillo era, precisamente, la encomendada por León X a los dominicos en 1517, confirmada por decreto del año siguiente; es decir, la que hubo de desencadenar la reforma protestante. [...] La Dieta de Worms, donde tuvo destacada intervención Alfonso de Valdés, fue el año de 1521. Se trataba, pues, de una cuestión candente al tiempo de escribirse el libro, y no me parece que puedan pasarse por alto estas circunstancias alegando que había habido ya protestas oficiales contra el abuso de la venta de bulas antes que se extendiera el erasmismo por España.³

La vida de Lazarillo de Tormes es una sátira agudísima contra los clérigos viciosos de una Iglesia necesitada de reforma. Esos cinco amos de Lázaro —sin nombre, porque su conducta sería semejante a la de otros— son la diana hacia donde se dirigen los dardos. El nuncio del papa, Baltasar Castiglione, había echado en cara a Alfonso de Valdés que atacara a Clemente VII, nombrándolo, en una carta feroz que le escribe a raíz de su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, a la que llama «vostra sacrilega operetta»:

...al primo dico che se la materia del vostro dialogo è dir male del Papa, come chiaramente si vede e voi confessate, non la dovevate pigliare, perché i pontefici sono sacri; e questa petulante maledicenza non è né mai è stata conceduta in legge alcuna, o in alcun luogo o tempo, del quale s'abbia notizia. Anzi i comici antichi, come Aristofane, Eupolis e Cratino e Lucullo, perché riprendendo i vizi nominavano le persone, furono reprobati, e da quella commedia si cavò poi la nostra satira, la quale riprende i vizi ma non nomina le persone. Dovreste ancora sapere che le vostre leggi acerbamente castigano coloro che scrivono libelli famosi contro chi che sia.⁴

Alfonso de Valdés no volvería a escribir una sátira contra personajes con nombre, aunque fuesen entes de ficción. Ni el mezcquino clérigo ni el fraile de la Merced ni el buldero ni el capellán ni el arcipreste de San Salvador tienen nombre, y los cinco son miembros de la Iglesia. Sólo el escudero, un vanidoso cortesano de origen judío (ha nacido en la Costanilla de Valladolid), no forma parte del desfile de elesiásticos; aunque el ciego no lo sea, sobrevive rezando oraciones, en las que no cree. Y todos maltratan, vejan o explotan a Lázaro, cuyo nombre es el del pobre por excelencia, el Lázaro del Evangelio.

³ FRANCISCO AYALA, «El Lazarillo y la novela picaresca», en *Las plumas del fénix. Estudios de literatura española*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 90.

⁴ ALFONSO DE VALDÉS, *Obra completa*, ed. de Ángel Alcalá, Madrid, Biblioteca Castro, 1996, p. 557.

I.

El comienzo de la nueva lectura del texto

Tanto la edición de Medina como la de Burgos tienen una anomalía muy visible: no preparan apenas el prólogo del comienzo de la obra, mientras sí lo hacen en los tratados y capítulos en que está dividida la obra. La edición de Alcalá marca el final del prólogo con un explícito «Fin del prólogo» e iguala la tipografía del inicio del tratado primero con capitales, con blancos— con el de los otros. Martín Nucio, un excelente impresor, le da ya tratamiento de prólogo y de comienzo de obra a la disposición del texto de su edición de Amberes, y además intercala entre ambos el privilegio real para la impresión.

El ejemplar de Barcarrota confirma la anomalía que ofrece la edición de Burgos: en la que acaba el prólogo, le sigue el epígrafe «Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fue», y se inicia el texto de la obra —«Pues sepa V. M. ante todas cosas...»⁵ sin blanco alguno que los separe y que destaque ese comienzo. En la edición de Medina, el final del prólogo coincide con el de la página y por ello se deja una línea en blanco, pero comienza inmediatamente a la vuelta del folio el texto, sin que haya otro indicio de cambio de materia. La confirmación de algo tipográficamente muy raro fue esencial para el inicio de mi investigación.

Mi punto de partida fue considerar que el último párrafo del prólogo tal como nos ha llegado en las cuatro impresiones de 1554 ya no forma parte de éste, sino que da inicio a la obra, al relato de Lázaro. El prólogo no está en boca del pregonero, sino del autor, y se ofrece a los lectores su libro. Para tal afirmación me apoyé en dos elementos muy significativos: 1) El penúltimo párrafo acaba «y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades», que nos lleva al título de la obra: *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. 2) El último párrafo se inicia con un cambio de interlocutor: «Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio...»; y su emisor y su receptor son los mismos que los de la obra: «Pues sepa Vuestra Merced ante todas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes». La anomalía que compartían la impresión de Burgos y la de Medina del Campo me permitió probar que mi lectura era la correcta: algo había sucedido al ejemplar impreso del que derivaban B y M (y por supuesto, del que también derivaban en última instancia Amberes y Alcalá, aunque en medio había otras impresiones, y el proceso de transmisión era, por tanto, más complejo).

Otra coincidencia más de esas dos ediciones más cercanas al original me ha llevado a formular una nueva hipótesis: la impresión italiana del texto (también se imprimieron en Italia los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés, sin que figure en ellos ni lugar, ni

fecha ni imprenta). De esa primera impresión se arrancarían un folio entre el prólogo y el comienzo de la obra, en donde figuraría el «Argumento», la guía de lectura del texto, en donde se diría cómo una dama, preocupada por los rumores que ha oído sobre la condición de amancebado de su confesor, el arcipreste de San Salvador, pide que le hagan una información sobre el caso porque teme por el secreto de su confesión. Se recaba para ello el testimonio del marido de la supuesta manceba, la criada del arcipreste: Lázaro de Tormes, pregonero de Toledo. La materia tabú era la confesión, que tanto preocupaba a los erasmistas. Al llegar el texto a un impresor español, hacia finales de los años cuarenta (tal vez después de la muerte del dominico Francisco García de Loaysa, que había sido confesor del Emperador e inquisidor general, en 1546),⁶ se encontró con la fusión del prólogo con el primer tratado y los separó como supo, mal (¡por suerte!): consideró que la obra empezaba donde Lázaro decía su nombre. Y añadió un epígrafe —«Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fue»— que no encaja con el contenido del tratado ni tampoco responde al esquema repetitivo de los demás, «Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó», «Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él», etc.

La palabra que me dio pie para la hipótesis de la impresión primera en Italia fue «corneta». Lázaro cuenta cómo le es imposible robar blanca alguna al mezquino clérigo porque, mientras él está diciendo misa, no deja de vigilar «la concha» en donde los fieles ponen su limosna, las blancas: «Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía que no era de él registrada: el un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos». Y en seguida precisará: «cuantas blancas ofrecían tenían por cuenta y, acabado el ofrecer, luego me quitaba la corneta y la ponía sobre el altar» (p. 18). La edición de Medina comparte con la de Burgos la lectura «corneta», que es evidentemente un error. Alcalá lo enmienda y repite la palabra «concha»; Amberes rectifica también y, con mayor cuidado, pretende acercarse más a lo que figura en la impresión que reproduce y edita «concheta». Antes de intentar ver qué palabra puede esconderse tras el error «corneta», tenemos que ver qué ocurre con el vocablo «concha». Nunca puede tener forma de concha el cestito de la limosna porque tiene un significado muy distinto en el ámbito de la iglesia: la concha es el recipiente del agua bendita; con la palabra, Alfonso de Valdés dispuso de nuevo a la avaricia del mezquino clérigo, porque el cestito de las blancas es para él concha con agua bendita. Si de ella bebe el agua salvadora —las monedas—, puede transformarse también en recipiente de comida para el clérigo: en *cornuta*, porque así se nombraba al portaviandas para los cardenales encerrados en cónclave. Es lógico que un cajista español no leyera bien el término o que creyera que tenía un error (lo asociaría a

Manejo el bello facsímil de la Editora Regional de Extremadura, y rindo aquí un sentido homenaje al editor Fernando Tomás Pérez González y al cuidado exquisito con que preparaba los libros para que vieran la luz.

6 Véase ROSA NAVARRO DURÁN, *Alfonso de Valdés, autor del «Lazarillo de Tormes»*, Madrid, Gredos, 2004, 2.ª, pp. 245-251.



«cornuda», que no encajaba en absoluto en el contexto), y lo cambiara en la palabra más cercana que él conocía, «corneta».

Como indicó Jesús Cañas, «el texto de Medina del Campo no procede directamente de ninguna de las versiones hasta hoy conservadas. Forma una rama textual independiente. Dada su proximidad a Burgos, que procede directamente del arquetipo X perdido, y la mayor limpieza de sus lecciones, parte de las cuales coinciden significativamente con Amberes, más corregido, insistimos, que Burgos y Alcalá, hay que concluir que dicha rama hay que hacerla depender también directamente del arquetipo X». ⁷ Ese arquetipo tenía ya la palabra *corneta*; de lo contrario sería muy difícil llegar por dos vías distintas a esa solución tan rara, al ser una palabra que queda sin sentido en ese contexto. No es, por tanto, una errata de Burgos sin más importancia, sino una mala lectura del original que no era fácil de subsanar, y no lo era porque la palabra del texto que escribió Alfonso de Valdés, que sí aparecía en la primera impresión, italiana, se entendía en Italia, pero no en España. Así se define la palabra en latín (pasará con igual grafía al italiano):

CORNUTA: capsula quaedam, quae tempore conclavis ad deferenda comestibilia pro eminentissimis cardinalibus inseruit, sic appellata a binis cornibus, seu ansis in extremitatibus eius positis, per quas hasta transacta, commodius deferretur a seruis, [Praelati custodes cornutam aperiant fercula, et omnia quae intus sunt diligenter perscrutentur, ne quid litterarum insit. Caerem. Rom. lib. 1. cap. 4.].

Esas dos «anomalías», una gráfica y otra léxica, comunes a Burgos y a Medina, son esenciales para mi argumentación y lo fueron para que pudiera empezar a investigar sobre la causa de que el primer párrafo de la obra aparezca fundido erróneamente con el final del prólogo en todas las ediciones impresas en el XVI que nos han llegado de la obra. Indudablemente, el mismo hecho del descubrimiento de la edición de Medina nos indica cómo debieron existir más ediciones del *Lazarillo* que se han perdido por completo, y confirmaba lo que ya sabían los editores: que ninguna de las ediciones de 1554 es la primera. La forma del hallazgo habla mucho sobre el peligro de tener un *Lazarillo* ya en esos años cincuenta y, por tanto, de cómo se leyó el texto: el *Lazarillo* no es la autobiografía de un pobre mozo de muchos amos (y no un pícaro) que pasa hambre, sino una agudísima sátira erasmista contra eclesiásticos viciosos, contra los miembros de una Iglesia que necesitaba urgentemente una reforma.

⁷ Jesús CAÑAS, «Una edición recién descubierta de *Lazarillo de Tormes*: Medina del Campo, 1554», en *Lazarillo de Tormes [Medina del Campo, 1554]*, ed. facsímil, Salamanca, Europa Artes Gráficas, Junta de Extremadura, 1996, pp. 45-46. Véase también Alberto BLECUA, «La edición del *Lazarillo* de Medina del Campo (1554) y los problemas metodológicos de su filiación», *Salina*, 17 (2003), pp. 59-70.

2.

Una lectura erasmista del Lazarillo

Uno de los tempranos lectores del *Lazarillo* fue el autor del *Cróton*, «Cristóforo Gnofoso», Cristóbal de Villalón. En su obra imita –y copia– fragmentos del *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, en el canto III; pero además une pasajes del *Diálogo de Mercurio y Carón* a otros del *Lazarillo* en un mismo canto del gallo, el cuarto: «en el cual describe maravillosamente las tacañerías y embaimientos y engaños de un falso religioso llamado Alejandro».⁸ En él el gallo cuenta cómo nace de un pobre labrador, vasallo de un señor muy codicioso.

Ya Morel-Fatio vio la analogía que hay entre la historia del gallo en esta condición de hijo de pobre labrador y su servicio a un capellán, y los capítulos iniciales de la autobiografía de Lázaro de Tormes. Voy a ir uniendo los pasajes que nos llevan a otros de los primeros tratados del *Lazarillo*:

Y deste padre naçimos dos hijos varones, de los cuales yo fue el mayor, llamado por nombre Alexandro. [...] Mi padre me encomendó por criado y monaçino de un capellán que servía un beneficio tres leguas de allí [...] En ninguna cosa estos capellanes muestran ser aventajados, sino en comer y beber, en lo cual no guardan tiempo, medida ni razón. [...] Ya yo era buen moço de quinze años y entendía que para yo no ser tan asno como mi amo que debía de saber algún latín [...] Por estar ya enseñado a mendigar con el çetre, sabía-me como miel el pedir [...] y un rosario largo, de unas cuentas muy gruesas en la mano, que cada vez que la una cuenta caía sobre la otra lo oían todos cuantos en un gran templo estuviessen (pp. 140-143).

Es la madre de Lázaro quien le encomienda al ciego: «un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él» (p. 7). El mezquino clérigo mata de hambre a Lázaro, pero él come y bebe: «Pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. [...] en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como un lobo y bebía como un saludador» (pp. 17-18). Lázaro, cuando ve la miseria del escudero y que nada le puede dar de comer, empieza a mendigar con mucho éxito, dado lo bien que había aprendido el oficio de su maestro, el ciego (p. 33). Las cuentas gruesas del rosario nos llevan a recordar «el sartal de cuentas gruesas» del escudero, y cómo va dos días a oír misa para que le vean (por eso sale el último de la iglesia).

Volvamos al gallo. Se hará pasar por un beguino y profeta afirmando averiguar el porvenir, «hallar los perdidos, reconciliar enamorados, descubrir los ladrones, manifestar los soros, dar remedio fácil a los enfermos y aun resuçitar los muertos» (p. 143).

Aprovechará la información que le da un cómplice –ambos la consiguen confesando a la gente– y muestran «tener especie de divinación y espíritu de profecía» (p. 145). Si el espíritu de profecía es condición que Lázaro asigna al ciego, no es difícil ver la misma complicidad entre dos estafadores que se pinta en el tratado del buldero. Y, sobre todo, se pone de manifiesto la fuente de información que es el sacramento de confesión y los peligros que conlleva: idea esencial en el erasmismo y que Alfonso de Valdés utiliza para la composición de su *Lazarillo*, siguiendo el modelo que le dio Masuccio en el relato IX de su *Novellino*.⁹

Cuando el gallo se hace sacerdote, finge gran santidad, aunque no ha mudado de costumbres: «Y así viví dos años aquí en esta villa, y como me viessen la bondad que yo representaba, que siempre andaba en compañía de una trulla de clérigos santos que ha habido de pocos tiempos en ella, andando a la continua visitando los hospitales y casas pobres, en compañía de unas mugerçillas andariegas y vagarosas».¹⁰ Estas «mujercillas» toman los rasgos del andariego fraile de la Merced, que a su vez asumía la condición de las trotaconventos del *Libro de buen amor*.¹¹

Contará cómo un letrado rico le pide que enseñe a sus hijos pequeños. Lo único que hace es llevarlos y traerlos «del estudio, de casa del bachiller de la gramática». Y con razón le dice Micilo: «Eso no era sino enseñarle el camino por donde habían de ir y venir. De manera que moço de çiego te pudieran llamar» (p. 152). Y, obviamente, nos lleva al oficio primero de Lázaro. Se marchará por «cierta sospecha» que le confía sólo a la oreja a Micilo, que concluye: «en este caso poco se puede fiar de todos vosotros». Como también ha dicho que acompañaba a su mujer, el lector se inclina por suponer que en los dos años que dice haber estado en ese oficio, haría algo más que rascarle en la palma a la dama, como cuenta.

Y enseguida irá a una buena aldea de gente rica; en ella reconoceremos el lugar en donde se hartaba el mezquino clérigo de Lázaro (y él mismo): «Ofrecíanme cada domingo¹² mucho pan y vino, y cuando moría algún feligrés toda la hazienda le comíamos con mucho placer en entierro y honras: teníamos aquellos días muy grandes papilorrios, que así se llaman entre los clérigos aquellas comidas que se dan en los mortuorios» (p. 153).

No sería significativa la mención que hace más adelante del «tiempo de tu buena

⁹ Rosa NAVARRO DURÁN, *Alfonso de Valdés, autor del «Lazarillo de Tormes»*, pp. 210-212.

¹⁰ Cristóbal de VILLALÓN, *El Cróton*, p. 152.

¹¹ Rosa NAVARRO DURÁN, «El romance como historia, el romance y la canción como referencia literaria: años 20-30 del siglo XVI», en P. Cátedra (dir.), *La literatura popular impresa en España y en la América colonial*, Salamanca, SEMYR, 2006, p. 592.

¹² En el *Lazarillo* siempre se menciona el sábado, la fiesta de los judíos, en vez de los domingos; detrás del capellán que lo explota como aguador está un criptojudío.



fortuna» (Villalón, p. 213), porque Alfonso de Valdés la toma de *La Celestina*;¹³ precisamente la dice Micilo un poco antes de que el gallo le anuncie que le va a contar cómo fue ramera en Toledo. Pero el comienzo del relato celestinesco del gallo toma también tintes de las mujeres que aparecen en el *Lazarillo*, de su madre y de las mujercillas vecinas de la casa del escudero:

Pues tú sabrás que yo fue hija de un pobre peraire en aquella çiudad de Toledo, que ganaba de comer pobrementemente con el trabajo contino de unas cardas y peines; que ya sabes que se hazen en aquella çiudad muchos paños y bonetes. Y mi madre por el consiguiente vivía hilando lana, y otras vezes lavando paños en casa de hombres ricos mercaderes y otros çiudadanos (Villalón, p. 213).

La madre de Lázaro «metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena». Y las vecinas de la casa del escudero son «unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes» (Valdés, pp. 6 y 36).

Volvamos al cuarto canto del gallo: al mismo tiempo que aflora en sus páginas el texto del *Lazarillo*, también aparece, como es bien sabido, el influjo del *Diálogo de Mercurio y Carón*.

El gallo se lamenta del comportamiento de los cristianos, que Mercurio describirá a Carón en el *Diálogo*. Le dice a Micilo:

Que de todas las naçiones del mundo no hay ninguna que más bienes haya reçebido de su Dios que los cristianos, que de los otros no son dioses, no los pueden dar nada. Y con tantas merçedes como los ha hecho, que aun a sí mesmo se les dio, y no hay naçión en el mundo que menos acatamiento tenga a su Dios que los cristianos (p. 150).

Y la actuación contraria a Cristo de los cristianos es el asunto del largo parlamento del dios Mercurio, que le cuenta a Carón su viaje por el mundo y, desengañado de lo que ve, decide buscar a los cristianos, «pensando hallar en ellos lo que en los otros no había hallado». Alastor le desengañará, y él comprobará cuánta razón tiene. Subido a la primera esfera, cotejará su comportamiento con la doctrina cristiana: «Y hallé que, donde Cristo mandó no tener respecto sino a las cosas celestiales, estaban comúnmente capuñados en las terrenas». Tras describir sus acciones totalmente contrarias a lo que dice Cristo, le dice a Carón: «Y harto de ver tanta ceguedad, tanta maldad y tantas abominaciones, no quise más morar entre tal gente, y maravillándome de los incomprehensibles juicios de Dios, que tales cosas sufre, me torné a ejercitar mi oficio».¹⁴

El gallo le dice a Micilo que él se ordena sacerdote «por avaricia de tener de comer, y simoniacamente me dieron las órdenes por seis conejos y seis perdices».¹⁵ Si unimos

¹³ ROSA NAVARRO DURÁN, *Alfonso de Valdés, autor del «Lazarillo de Tormes»*, pp. 76-77.

¹⁴ ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 84 y 90.

¹⁵ CRISTÓBAL DE VILLALÓN, *El Crótalon*, p. 151.

firmación a la que hizo al comienzo, cuando dijo que el obispo al que sirvió, como lo hizo blanca alguna, le hizo clérigo y le dio media docena de beneficios, veremos que en el otro pasaje del *Mercurio y Carón*: el diálogo que sostiene el ánimo del mal con el dios y el barquero.¹⁶

Después de contar el gallo cómo come en los mortuorios, seguirá describiendo su vida ociosa de sacerdote; su oficio, como le dice Micilo, era «holgar» y cazar. Y el gallo no sólo asiente, sino que lo ilustra y rechaza además la costumbre de trabajar los sacerdotes tienen en Grecia. Cuando en seguida el zapatero le pregunta: «¿cómo y casados son?», el gallo lo confirma y aplaude además tal hecho: «Eso es mejor que ellos tienen, porque allí van mejor dispuestos al altar que los de aquí». La ociosidad de los clérigos, la necesidad de que trabajen, la imagen del cazador y la defensa del matrimonio de los clérigos son todos asuntos del diálogo de *Mercurio y Carón*.

Micilo le pregunta al gallo cómo actuaba en la confesión de sus feligreses cuando era sacerdote. Su respuesta pone de manifiesto su ignorancia y cómo se se dejaba guiar por el interés.¹⁸ Como he dicho, la confesión es otra de las grandes preocupaciones erasmistas y precisamente la composición del *Lazarillo* se sostiene en la inquietud de una confesión y el secreto de su confesión. También en el *Mercurio y Carón* se trata el tema y la necesidad de escoger a un confesor virtuoso, como le aconseja el rey Polidoro a su hijo. Hay más que oír al ánimo de uno de los cortesanos, el principal del Consejo de un rey, para ver el comportamiento de sus confesores. Mercurio le pregunta si no se iba contra Dios hablando bien de lo malo y mal de lo bueno, y el ánimo le replique lo que le aconsejaban sus confesores, a quienes daba dignidades y e incluso los.¹⁹

Se sabe cuándo se escribe el *Crótalon*. La referencia a la segunda parte anónima del *Lazarillo*, publicado en 1555, no sirve como fecha *post quem* porque está sólo en uno de los manuscritos que nos han transmitido la obra —con la versión ampliada— y pudo, por tanto, ser una adición posterior. Marcel Bataillon fecha el texto en 1553 basándose en episodios históricos narrados en el canto sexto; y, en efecto, 1552 es la última fecha conocida y referida a un hecho histórico preciso (el duque Mauricio de Sajonia estuvo en Innsbruck). El futuro que luego anuncia el texto —casi en forma de profecía— y no crónica de hechos sucedidos. No parece haber existencia de la paz de Augsburgo en 1555 con la que el Emperador acepta el pro-

16 Alfonso de VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, p. 128.

17 Cristóbal de VILLALÓN, *El Crótalon*, p. 154.

18 Cristóbal de VILLALÓN, *El Crótalon*, p. 162.

19 Alfonso de VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, p. 107.

testantismo ya que habla de la «condenación de sus perversos errores» y del «justo castigo»; ni tampoco que en 1556 abdicara en favor de su hijo.²⁰

En ese comienzo de los años cincuenta, un erasmista toma como fuentes de dos capítulos contiguos, el tercero y el cuarto, las tres obras de Alfonso de Valdés. Mientras en el capítulo tercero se apoya en el *Lactancio* (y toma textualmente varios fragmentos de la obra), en el cuarto funde en su prosa, en su relato, pasajes tomados del *Mercurio y Carón* y del *Lazarillo*. Es evidente que los ve como textos que comparten la misma ideología; e incluso podría llegar a sospecharse que sabía de la común autoría de Alfonso de Valdés, ya que los imbrica de tal forma. No sería extraño; tengamos en cuenta que manejó la rara edición italiana (sin lugar ni fecha ni impresor) de los dos *Diálogos* del escritor conquisense. Precisamente quien podía saberlo era un erasmista, como lo era el autor de este diálogo entre Micilo y el gallo.

El Crótalon se convierte, por tanto, en un claro testimonio de la lectura erasmista de *La vida de Lazarillo de Tormes* en ese comienzo de los años cincuenta. A «Cristóforo Gnososo» —Cristóbal de Villalón— no le cabía duda alguna de que el *Lazarillo* contenía el mismo mensaje que los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés y mezcló sus aguas en esos dos cantos del gallo.

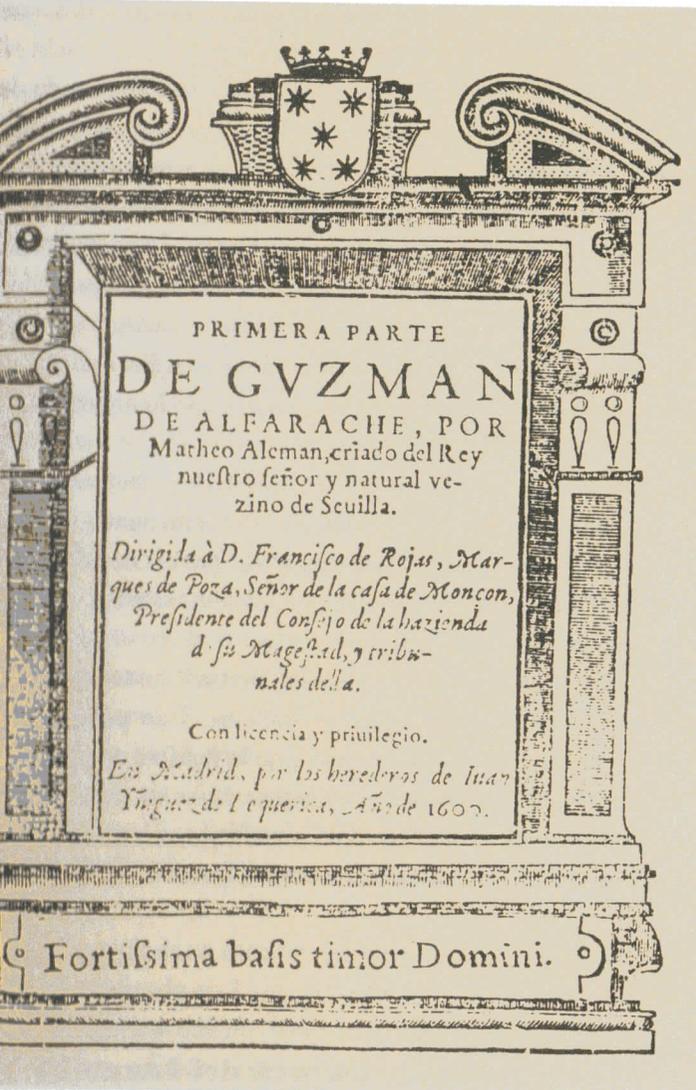
En esos mismos años cincuenta, el médico judío de Llerena Francisco de Peñaranda leía también el *Lazarillo* y lo hacía como Villalón, viendo en él un peligroso ataque a los miembros viciosos de la iglesia católica. Si no fuera así, no lo hubiera ocultado con tanto cuidado en su casa en Barcarrota. De nuevo ese ejemplar único se convierte en pieza clave para entender la recepción contemporánea del *Lazarillo*, para ver cuál sería la lectura que de él harían personas situadas en los márgenes —o fuera— de la doctrina oficial de la iglesia.

3.

Lázaro y los pícaros: otra lectura del Lazarillo

Después de la publicación de la primera parte de *La vida de Guzmán de Alfarache* (1599), el *Lazarillo* se leerá de otra forma: como relato inicial del género picaresco. Al imitarlo en su espléndido *Guzmán*, Mateo Alemán lo revitaliza y lo convierte en germen de una forma de novelar. Él hace otra cosa, una relación de vida y no una declaración para la información solicitada del «caso», pero los lectores verán —hasta hoy— las dos obras como dos ramas de un mismo tronco. Y es así porque Alemán imita dos

20 Marcel BATAILLON, *Erasmus y España*, trad. de A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 663.



de los rasgos más destacados del *Lazarillo*: la forma autobiográfica y el servicio del mozo a varios amos.

En el relato de Lázaro, el servicio a los amos es esencial porque son ellos el objeto de la sátira erasmista; Lázaro sólo cuenta lo que le acaece a su servicio y nada dice de lo que le sucede entre uno y otro. Lo que Valdés quiere poner de manifiesto es la crueldad del ciego, la avaricia del mezquino clérigo, la vanidad del escudero, el trote del fraile de la Merced, la farsa del buldero estafador, la explotación del capellán o la hipocresía del clérigo amancebado, que se aprovecha de la aparente simplicidad del pregonero para que le sirva de tapadera. No hay Lázaro sin amo, incluso en su condición de pregonero, «oficio real», como él dice.

En cambio, en el *Guzmán de Alfarache*, el pícaro a veces sirve a amos, pero en buena parte de su relato no es así. Escribe su relato desde las galeras en donde pena sus delitos; él es el claro modelo del galeote Ginés de Pasamonte, que ha escrito su *Vida*. Aunque no lo nombre, el «Ginesillo» cervantino quiere competir con el *Lazarillo* y con los de su género, y pone de relieve otro de los rasgos que lo caracterizan: el final abierto.

—¿Tan bueno es? —dijo don Quijote.

—Es tan bueno —respondió Ginés—, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades y que son verdades tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se le igualen.

—¿Y cómo se intitula el libro? —preguntó don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte* —respondió el mismo.

—¿Y está acabado? —preguntó don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado —respondió él—, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.²¹

El *Lazarillo* no tiene final abierto, aunque lo aparente, porque el propósito de Lázaro de Tormes no es contar su vida, sino informar sobre «el caso», y con él acaba su relato («hasta el día de hoy nadie nos oyó sobre el caso»),²² porque no relata lo que le acaeció desde esa conversación con el arcipreste hasta el momento en que hace la declaración; pero tampoco fue leído así en la Edad de Oro. La falta del «Argumento» impidió ver que era ese su objetivo y que el relato de su vida lo hacía por no tomar el caso «por el medio, sino del principio, por que se tenga entera noticia de mi persona» (y así creaba Valdés el desfile de amos).

21 Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por F. Rico, Barcelona, Instituto Cervantes y Crítica, 1998, p. 243; 1º, cap. XXII.

22 Lo vio muy agudamente hace casi cuarenta años Francisco RICO, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1970.

aro no sabe escribir, nunca ha ido a la escuela ni en ningún momento dice que sino que cuenta. Si, como se diría en el Argumento, Lázaro hace una declaración obvia que un escribano tomaría nota de ella (por eso dice «del pan que hallé parte según de yuso está escrito», p. 23). Alemán, al seguir su camino, dio vida a un universitario para que supiera retórica y pudiera escribir su autobiografía como un culto; así lo precisa en la «Declaración para el entendimiento de este libro», que aliente al «Argumento» que alguien arrancó del texto del *Lazarillo*:

Para lo cual se presupone que Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego, como diremos en esta primera parte, después dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de la religión; mas, por volverse a los vicios, los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos. Él mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte. Y no es impropiedad ni fuera de propósito si en esta primera escribiere alguna doctrina; que antes parece muy llegado a razón darla un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras y castigado del tiempo, aprovechándose del ocioso de la galera; pues aun vemos a muchos ignorantes justiciados, que habiendo de ocuparlo en sola su salvación, divertirse de ella por estudiar un sermoncito para en la escalera.²³

Guzmán ha sido primero buen estudiante y más adelante sigue con sus estudios universidad, no es impropio, en efecto, que escriba «alguna doctrina» ni que sepa Alemán dejaba fijo el modelo, y los pícaros iban a ser cultos para que fuera veroscribieran la historia de su vida. No hay más que seguir los pasos de Pablos, n, para ver su aprendizaje en la escuela, luego con el domine Cabra y, por último, Alcalá.

no dice el propio Guzmán en el capítulo VI del libro primero de la segunda parte, propio le sucedió a este mi pobre libro, que, habiéndolo intitulado *Atalaya de la manana*, dieron en llamarle *Pícaro*, y no se conoce ya por otro nombre».²⁴ Mateo Sayavedra, en su segunda parte espuria, ya lo califica así: *Segunda parte de la pícaro Guzmán de Alfarache*. Guzmán es un pícaro, y también lo será por vocarriazo, el joven noble que se marcha de su casa para vivir la vida picaresca en *La regona*; Cervantes cita en esa ocasión el *Guzmán* —es la única vez— como si en el isiera apuntar que fue esa lectura la que llevó al joven de buena familia a lan-sa vida marginal a sus trece años: «finalmente él salió tan bien con el asunto de

ALEMÁN, *Guzmán de Alfarache*, en *Novela picaresca, I*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Biblioteca 2004, p. 64.

ALEMÁN, *Guzmán de Alfarache*, p. 421.

DE CERVANTES, *La ilustre fregona*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Allianza, 2005, p. 92.

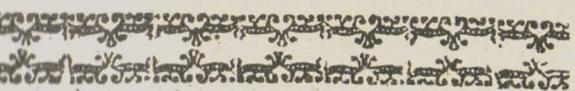
pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache».²⁵ No nombra al *Lazarillo* porque Lázaro no es un pícaro, sino sólo un pobre muchacho que sobrevive como puede, es un mozo que servirá sucesivamente a una serie de amos. El primero de ellos, el cruel ciego, le hace abrir los ojos a la malicia del mundo con el golpazo en el toro de piedra; abandona así la inocencia que como niño tenía: «Pareciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo estoy, y pensar cómo me sepa valer»» (p. 8). Pero no hará más burla que la que pone fin a su servicio a ese amo, tan cruel con él; el golpe con el poste del ciego es la vuelta a esa primera que él recibe: ha aprendido la lección, pero no vuelve a ponerla en práctica. Sus pequeños robos al arcón del mezquino clérigo se deben a la pura supervivencia.

Tanto Alemán como Quevedo imitarán en sus pícaros ese despertar a la malicia y lo subrayarán con términos parecidos. Pero luego les darán alas para estafas, timos, robos; en suma, para graduarse como pícaros. No hay más que recordar el episodio en la versión vivida por el Buscón:

Y después, juntándonos todos a hablar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Rieronla todos, doblóse mi afrenta, y dije entre mí: «Avisón, Pablos; alerta». Propuse de hacer nueva vida, y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos. Y en las escuelas y patios, nadie me inquietó más.²⁶

Enseguida empieza el capítulo sexto y lo hace de esta forma: «“Haz como vieres” dice el refrán y dice bien. De puro considerar en él, vine a resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos». Los pícaros serán bellacos y burladores, se harán pasar por mendigos y serán fulleros consumados; nada de esto conviene al personaje de Lázaro, víctima de sus amos o testigo de sus engaños y farsas, que consigue llegar a la cumbre de toda fortuna y a ser «bienaventurado» por el vino, como le dijo el ciego, porque es un «pacífico» marido de la manceba de un arcipreste. De tal padre, bienaventurado porque sufrió persecución por la justicia —como ladrón—, tal hijo, que lo fue por ser manso o pacífico. Ese es el lenguaje de Lázaro, fiel pregonero de Alfonso de Valdés, y no el de sus imitadores, los pícaros.

26 FRANCISCO DE QUEVEDO, *La vida del Buscón*, en *Novela picaresca, II*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Biblioteca Castro, 2005, p. 31.



HISTORIA
 DE LA VIDA
 DEL BUSCON, LLAMADO
 don Pablos, Exemplo de
 Vagamundos, y espejo
 de Tacaños.

Capitulo 1. En que cuenta quien es,
 y de donde.



O Señor soy de Segouia, mi padre
 se llamó Clemente Pablo, natural
 del mismo pueblo, Dios le tenga
 en el cielo; fue tal, como todos di-
 zen, de oficio Barbero, aunque
 eran tan altos sus pensamientos,
 se le corria le llamassen así; diziendo, que el era
 andador de mexillas, y Sastre de barbas; dizen
 que era de muy buena cepa, y segun el se via es
 para creer, estuuo casado con Aldonça Satur-
 de Renollo, hija de Otaño de Renollo co-
 lo, y nieta de Lepido Ziaraconte.

Sospe-

4.

Lecturas cervantinas del Lazarillo

Miguel de Cervantes había leído muy bien *La vida de Lazarillo de Tormes*, y había manejado un ejemplar no expurgado, ¡quién sabe si no tuvo en sus manos una edición de Medina del Campo como la que guardaron las paredes de esa casa de Barcarrota! Que el padre de Rinconete sea buldero es una de las pistas que nos llevan al tratado quinto que no está en la impresión expurgada, y otra es un lanzón que está en una posada, común a las dos obras, como he mostrado en otro lugar.²⁷ Lo que ahora me interesa destacar es cómo el *Lazarillo*, que está muy presente en el *Quijote*, desde sus preliminares (en el poema del «Donoso»), lo está por sus episodios novelescos o por sus personajes; sobre todo por el escudero, aunque algún rasgo de Lázaro podría verse en Sancho Panza. No olvidemos que Sanchico parece que va a dedicarse a la iglesia como su «tío» el abad, como le dice Teresa a su marido: «Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia»,²⁸ y que Sancho sirve al menos a dos amos, porque le habla a don Quijote de cuando sirvió a Tomé Carrasco, padre del bachiller Sansón Carrasco.

El ventero le da de beber vino con una caña a un don Quijote que tiene ocupadas las manos en sostener la visera, y la asociación con la paja larga de centeno con que Lázaro chupa el vino del guardado jarro del ciego es inmediata. El episodio está en la primera salida de don Quijote, en el capítulo 2.º: «Mas, al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y, puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino» (1.ª, II, p. 54).

Y casi al acabar la segunda parte, Sancho va a saborear un manjar que entusiasmó al hambriento escudero, el amo de Lázaro: uña de vaca. En el capítulo LIX, el ventero, después de confesar que nada de lo que promete tiene, le dice a Sancho: «Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: «¡Comeme! ¡Comeme!»». Y Sancho enseguida las marcará como suyas: «Por más las marco desde aquí [...] y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas» (2.ª, LIX, p. 1.110). Cervantes había tomado la olla podrida del

27 ROSA NAVARRO DURÁN, «Lazarillo de Tormes en las páginas de *Don Quijote de la Mancha*», *Philologia Hispalensis*, XVIII/2 (2004), p. 109.

28 Véase GUILLERMO SERÉS, «El entremés de los Panza y el «tío abad» de Sanchico (Q., II, 5-72)», *Anales Cervantinos*, XXXV (1997).

Avellaneda,²⁹ pero le había añadido la sabrosa uña de vaca de la buena literatura del *Lazarillo*.

La estructura del *Lazarillo* aflora al comienzo y al final del *Quijote*, y la vemos también en otro par de episodios: en el vómito de Sancho y en el pavoneo de don Quijote. En el capítulo XVIII de la primera parte, don Quijote, derribado del caballo por los golpes de los pastores en su batalla contra los carneros, le pide a Sancho que le mire si le faltan las uñas o los dientes en la boca, alcanzada por una de ellas: «Llegose a mirar dentro de la boca que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, dijo de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía y dio con todo ello en el pecho del compasivo escudero» (p. 195). Esa mirada dentro de la boca nos lleva a la estructura del ciego metiéndose en la de Lázaro en busca del olor de la longaniza; es ella la que provoca el vómito de Lázaro con la prueba del delito.

Segunda parte, en el capítulo XLVI, don Quijote está en el palacio de los duques, mientras su fiel escudero está gobernando la ínsula Barataria. Por la noche, al dormir, se le sueltan hasta media docena de puntos de una media, y, para ocultar la falta, tendrá que calzarse botas altas de camino. El historiador Benengeli hará un discurso sobre lo que sufren los hidalgos ante la pobreza porque su honra les obliga a aparcar lo que no tienen: «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, a la puerta y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a comer después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos!» (p. 895). Como resultado de esto, se ve detrás lo que dice Lázaro de su amo el escudero: «Y por lo que se ve a la puerta que dicen honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y se iba a la puerta escarbando los que nada entre sí tenían» (p. 36).

Al día siguiente, veremos a don Quijote acabándose de vestir y luego «colgó en sus hombros con su buena y tajadora espada, asíó un gran rosario que consistía en una corona de perlas, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole» (XLVI, p. 999). Son los gestos del ciego Lázaro, como él, un rosario bien visible; así lo describe Lázaro, después de que el escudero le muestra la espada: «Tornola a meter y ciñóselas, y un sartal de cuentas gruesas del talar, y un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy

29 GÓMEZ DE AVELLANEDA, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de L. Gómez Canseco, Biblioteca Nueva, 2000, p. 269. Martín de Riquer ya señaló en su edición –Barcelona, Planeta, 1962– la cervantina a Avellaneda, y E. Riley la analizó: «Uñas de vaca o manos de temera: Cervantes and Avellaneda», *Studia in honorem Prof. Martín de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1988, I, pp. 425-432. La estructura que la exclamación imperativa «¡Comeme! ¡Comeme!» está en lugar destacado en el paso de Lázaro en *La tierra de Jauja*, que había leído Cervantes; reconocería, por tanto, su posible origen literario (pudo ser también expresión mostrenca).

los ojos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y con la mano derecha en el costado, salió por la puerta» (p. 31). Don Quijote no es un hidalgo que un hidalgo pobre, y hace, como el escudero, gestos fatuos.

Cervantes deja ver su lectura del *Lazarillo* en escenas, en personajes de su genial *Don Quijote*; no está imitando la forma externa del relato que llegó a configurar un nuevo género novelesco, sino tomando material narrativo, igual que Alfonso de Valdés lo tomó del *Novellino* de Masuccio o del *Libro del caballero Cifar* o de *La Celestina* para su *Lazarillo*.

5.

Una dama como destinataria del relato

No hay más que abrir las páginas del *Buscón* para ver cómo aflora en su composición su modelo: el *Lazarillo*. El relato de Pablos no sigue el camino del de Guzmán de Alfarache porque no es una confesión como la que hace el galeoto, trufada de continuas moralizaciones, sino una relación. Su misma brevedad lo acerca a su modelo compositivo, aunque, por supuesto, Pablos no hubiera adquirido la condición que tiene como personaje literario si Mateo Alemán no hubiera escrito el *Guzmán*; su comportamiento parte del que tiene el Pícaro, no del de Lázaro, víctima y testigo de los vicios de sus amos. Los estudiosos han señalado cómo Quevedo introduce también a un interlocutor en el relato, pero no le da ningún papel.

En los dos manuscritos de la primera versión, *S* y *C*, precede al texto una «dedicatoria», que sigue los pasos de la presentación que Lázaro hace de sí a la dama que ha pedido información sobre «el caso»: «Habiendo sabido el deseo que vuestra merced tiene de entender los varios discursos de mi vida, por no dar lugar a que otro –como en ajenos casos– mienta, he querido enviarle esta relación, que no le será pequeño alivio para los ratos tristes. Y porque pienso ser largo en contar cuán corto he sido de ventura, dejaré de serlo ahora».³⁰ Detrás del texto se transparentan las palabras de Lázaro: «Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomarle por el medio, sino del principio, por que se tenga entera noticia de mi persona» (p. 5).

En cambio en la versión del manuscrito *B*, que hoy se considera –probablemente– como el texto revisado por el propio Quevedo, el inicio del relato de Pablos presenta una variante significativa: cambia el interlocutor; pasa de dirigirse a un hombre, «Yo, señor,

30 FRANCISCO DE QUEVEDO, *La vida del Buscón*, ed. de Milagros Rodríguez e introd. de Rosa Navarro, Barcelona, Octaedro, 2001, p. 63.

via» (en los mss. S y C), a hacerlo a una mujer, «Yo, señora, soy de Segovia». *Lazarillo* impone su modelo: Lázaro se dirige a una dama, como indica el *llla* con que se refiere a «Vuestra Merced» en la fórmula de cortesía que le enciende la palabra «parir»: «Hablando con reverencia de Vuestra Merced, por delante» (p. 50).³¹ La dama no está delante de Lázaro cuando él da la información, pero el pregonero sabe que sí lo estará cuando la lea. Ella ha pedido información sobre «el caso»; es decir, sobre los rumores que corren acerca de la confesión de un pederasta amancebado del arcipreste de San Salvador, con quien se confiesa. Lázaro organiza el texto para que se reconozca su deuda con el modelo y se ciñe a imitarlo, pero luego no justifica narrativamente la presencia de ese personaje. Cuenta Pablos su vida. Incluso lo sustituye por «el lector» («considere el prólogo sentiría mi gallofería»),³² y no es raro, porque ese es su papel, ya que no está vinculado a nadie que intervenga en el relato de Pablos, ni hay, por lo tanto, ninguno que justifique el interés de la dama por la vida del Buscón o por algo relacionado con él.

Es interesante de que Quevedo revisara su obra —puesto que, como dice Alfonso Rey, «regir la novela después de su impresión en 1626, «en el más temprano de los casos, debe considerarse de redacción posterior a 1629»³³—, Lope de Vega publicó en 1621 una novela: *Las fortunas de Diana*. Enseguida escribiría otras novelas (*La richa por la honra, La prudente venganza y Guzmán el bravo*), que aparecen unos años más tarde, en *La Circe* (1624).

Es plausible que Lope se pusiera a escribir novelas estimulado por su afán en imitar a Cervantes, al que cita al comienzo de *Las fortunas de Diana* cuando habla de «la novela y aunque en España también se intenta, por no dejar de intentarlo todo, tantos libros de novelas, de ellas traducidas de italianos y de ellas propias, en que no se vea el estilo a Miguel Cervantes».³⁴ Pero él ofrecerá esos cuatro relatos como

partir de nuevo los testimonios que prueban cómo sólo se aplica el pronombre femenino a una fórmula femenina como «Vuestra Merced» si la persona es una mujer; porque, si es un hombre, siempre se usa el pronombre masculino; véase Rosa NAVARRO DURÁN, *Alfonso de Valdés, autor del «Lazarillo de Tormes»*, pp. 28-34; y «Un nuevo ámbito para *La vida de Lazarillo de Tormes*», en *Estudis Romànics*, XXVIII (1985), p. 107.

QUEVEDO, *La vida del Buscón*, en *Novela picaresca, II*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Castalia, 2005, p. 107.

«Enviado a la Inquisición contra los escritos de Quevedo de Luis PACHECO DE NARVÁEZ, que no puede leerse en el *Boletín de la Real Academia de la Lengua*, de 1969 —o *El tribunal de la Justa Venganza*, de 1635— guían las correcciones de la última versión del texto de Alfonso REY, «El texto del *Buscón*», en Alfonso Rey (ed.), *Estudios sobre el «Buscón»*, Pamplona, 1985, p. 107.

de obediencia a la señora Marcia Leonarda —o Marta de Nevares—, a quien se los dedica y con quien habla mientras se los va narrando.

Como es costumbre de Lope transformar sus vivencias en literatura, siempre se ha considerado el marco novelesco de sus cuatro novelas a la sola luz de su relación con Marta de Nevares. Así dice Francisco Rico en el prólogo a su edición: «En algún momento anterior a mayo de 1621, a Marta de Nevares, aburrida, se le ocurrió pedirle a Lope que le escribiera una novela».³⁵ No niego que pudiera existir este hecho, ya que es imposible demostrar tanto su verdad como su invención, pero es indudable que, además de una posible vivencia, en la creación de su primera novela hay un claro modelo literario: *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. Y no me refiero, por supuesto, a su contenido, sino precisamente a ese rasgo que se ha señalado como lo más original de la invención novelesca de Lope: la presencia de un interlocutor en su relato, a quien se dirige como «vuestra merced». Es cierto que una vez inventado el procedimiento en la primera de sus novelas, cuando, poco después vuelve a novelar, se aleja de su modelo y profundiza en su propia creación; de tal forma que es en *Las fortunas de Diana* en donde debemos detenernos para observar esa relación.

Lope pone en el paratexto la clave de lectura de su novela: la dedicatoria «A la señora Marcia Leonarda». De tal forma que, cuando el lector empieza a leer «No he dejado de obedecer a vuestra merced por ingratitud, sino por temor de no acertar a servirla: porque mandarme que escriba una novela ha sido novedad para mí...» (p. 27), sabe perfectamente quiénes son los personajes del acto de habla —de escritura—; sabe que «vuestra merced», el destinatario, es la señora Marcia Leonarda; y, por tanto, que el yo del texto, el escritor, es el propio Lope de Vega. Tampoco le resulta extraña la situación porque sabe que escribir como acto de obediencia puede reflejar una realidad o ser un tópico.

Sigue luego Lope hablando de dos de sus obras, la *Arcadia* y el *Peregrino*, que tienen algo de novelas, pero admite que «es grande la diferencia y más humilde el modo». Menciona enseguida los libros de caballerías, las novelas de Cervantes, y regresa a su propósito y a la obligación que le ha impuesto la dama:

Yo, que nunca pensé que el novelar entrara en mi pensamiento, me veo embarazado entre su gusto de vuestra merced y mi obediencia; pero por no faltar a la obligación, y porque no parezca negligencia, habiendo hallado tantas invenciones para mil comedias, con su buena licencia de los que las escriben, serviré a vuestra merced con ésta, que por lo menos yo sé que no la ha oído ni es traducida de otra lengua, diciendo así: *En la insigne ciudad de Toledo*, a quien llaman imperial tan justamente, y lo muestran sus armas, había no ha muchos tiempos... (p. 28).

34 Lope de VEGA, *Novelas a Marcia Leonarda*, ed. de F. Rico, Madrid, Alianza Editorial, 1968, p. 28. Cito por esta edición.

35 Francisco RICO, prólogo a Lope de Vega, *Novelas a Marcia Leonarda*, p. 8.

6. Final

En el siglo XVI las ediciones del *Lazarillo* fueron pocas porque enseguida se convirtió en un libro peligroso, incluso antes de ser prohibido, como hemos dicho; algunas de ellas se han perdido, como atestiguan las cuatro de 1554 que nos han llegado. El tesoro escondido en Barcarrota confirma doblemente lo que ya se suponía: es un ejemplar de una edición desconocida —había, por tanto, más ediciones que las que nos habían llegado—, y su texto tiene variantes con respecto al de las otras tres, hecho que apunta claramente a la existencia no sólo de una, sino de dos o tres ediciones anteriores. A pesar de esa dificultad de difusión, fue un texto leído por los grandes escritores. Su lectura se transparenta en muy diversas obras.

Una de ellas es el *Galateo español*, de Lucas Gracián Dantisco, que fue a su vez obra muy leída; algunos pasajes del *Quijote* y del *Coloquio de los perros* sobre el modo de contar se entienden mucho mejor a partir de las normas del *Galateo*, y la prohibición de mirar en el pañuelo después de sonarse del «Arancel de necesidades» del *Guzmán de Alfarache* es una de las malas costumbres que se enumeran en él. El *Galateo* ofrece la huella manifiesta de la lectura del *Lazarillo* y lo hace en forma de recomendaciones.

No es difícil ver en uno de sus consejos la transformación de cómo reza el ciego descrito por un Lázaro admirador: «un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer» (p. 8). Leemos en el *Galateo*: «Ni hagas demasiados meneos y visages quando rezares».³⁶

La anécdota que le cuenta el escudero a Lázaro sobre el no quitarse el bonete queda reflejada en el capítulo nono, «de las cerimonias»:

La tercera manera de cerimonias, que son aquellas que se hazen por obligación o por merecimiento, no se pueden escusar, porque quien las dexa de hazer, no sólo desaplaze, pero haze injuria; y muchas vezes acaece por esto venir a reñir y enemistarse, especialmente quando un ciudadano dexa de honrar a otro como es costumbre, no quitándole la gorra, ni hablándole con criança. Haze mal en ello, porque la fuerza del uso es grandíssima, y en semejantes casos se deve tener por ley. Y ansí quien llamasse de vos a otro, no siendo muy más calificado, le menosprecia y haze ultrage en nombralle, pues se sabe que con semejantes palabras llaman a los peones y travajadores (p. 132).

El escudero le contaba a Lázaro (según él dice):

Pues te hago saber que yo soy, como vees, un escudero; más, ¡vótote a Dios!, si al conde todo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que, otra vez que

ga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar la calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no quitárselo (p. 39).

hablará del enfado con un «oficial» —un hombre que tiene un oficio— porque «mantenga Dios a Vuestra Merced»; a él le ofendía la fórmula que usaba en el «Manténgaos Dios» (p. 39). Gracián Dantisco tomó buena nota de tal juicio y lo puso en norma. Es muy interesante además ver cómo ese «bonete» del texto del *Lazarillo* ha transformado en «gorra» porque el uso de la prenda se iba limitando a los clérigos. La anécdota del *Lazarillo* hay, en cambio, que relacionarla con la historia del Emperador ante su prisionero el rey Francisco I, enfermo en Madrid; como cronista Pedro Mejía, el Emperador se quitó el bonete para saludarle: «Y el Emperador entró en la cámara do posaua y quitó el bonete, y llegó a él a la cama donde estaba do a le abraçar».³⁷

Gracián incluso aclara algún término del texto del *Lazarillo*, «así como llaman a la victoria triumphar, por vía de burla, el beber y comer y regosijarse» (p. 13). Sería curioso que se hiciera una nota a pie de página a las palabras que le dice a Lázaro el mezquino clérigo: «come, triunfa, que para ti es el mundo» (p. 18).

Gracián muere en 1587; el *Galateo español* nos ha llegado en una impresión temprana, como dice Margherita Morreale, «es probable que saliera a la luz en 1586».³⁸ Su lectura del *Lazarillo* es acorde a sus preocupaciones, al contenido

de la obra, Gracián Dantisco, Alemán, Cervantes, Lope y Quevedo nos muestran en sus lecturas del *Lazarillo de Tormes*. Villalón, contemporáneo de Alfonso de Valdés, escribió lo que es, una sátira erasmista y lo une a la de otra obra de su autor, el *Mercurio y Carón*. A Gracián Dantisco ya no le interesa la sátira, sino sólo la obra de Alemán con su *Pícaro* lo convierte en cabeza de un género y transforma por su lectura para la posteridad; hoy se sigue leyendo el *Lazarillo* a partir del *Lazarillo* como novela picaresca, cuando el propósito de su creador fue escribir una sátira erasmista contra eclesiásticos corruptos y vanidosos cortesanos.

La lectura de Cervantes es mucho más rica y compleja: le interesa la materia novelesca y las frecuencias narrativas, pero también el contenido transgresor, la sátira. Sólo he encontrado en ella algunas huellas, y también de la de otros dos geniales lectores, Lope de Vega y Francisco de Quevedo.

Finalmente ellos nos permiten subrayar el papel de ese *ella* emboscado mucho en el texto del *Lazarillo*: «Hablando con reverencia de Vuestra Merced, porque

³⁷ Mejía, *Historia del emperador Carlos V*, ed. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1945, p. 100.

³⁸ Morreale, *Galateo español*, p. 5.

«ella delante» (p. 50). Lope, narrando *Las fortunas de Diana* a «vuestra merced», que es la Marcia Leonarda, y Quevedo, haciendo que su Buscón contara a una «señora» su historia, estaban imitando una pieza esencial de la construcción narrativa del *Lazarillo*: el destinatario femenino. Lo que sucede es que en el *Lazarillo* la dama está muy interesada por «el caso» porque sabe que puede peligrar el secreto de sus confesiones al arcipreste de San Salvador. Sólo así cobra sentido auténtico el relato de Lázaro, y podemos ver cómo culmina en ese oficio de pregonero que Alfonso de Valdés le dio al mozo de muchos amos: los secretos de la dama dichos en confesión al arcipreste podían acabar llegando a su boca (a «dar un cuarto al pregonero»). Quevedo escogió para el tío de Pablos el oficio más vil, el de verdugo; en el *Lazarillo* no era la vileza la función dada a la condición de pregonero de Lázaro (la vileza estaba en el papel que le había asignado el arcipreste, el de marido paciente de su manceba), sino la última pieza —magistral— en una construcción novelesca única, la de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. En ese título estaba presente una de las lecturas de Alfonso de Valdés, *La vida de Ysopet* («Con corazón limpio y grande sufre las fortunas y adversidades»)³⁹, pero también su nombre en cifra: LAV en el comienzo (leído al revés, como los textos hebreos) y DES, el final.

La joya de Barcarrota, ese ejemplar único de la edición de Medina del Campo de *La vida de Lazarillo de Tormes*, da nueva luz sobre un texto que no estaba en su lugar en la historia de la literatura española. Tenía razón y razones Francisco de Peñaranda para guardarlo como una preciosa joya en la pared de su casa de Barcarrota. Hoy brilla con nueva luz en una biblioteca, en la de *Barcarrota*, en Badajoz: aunque la Fortuna le fue contraria, salió, por fin, a buen puerto. **VO**

³⁹ Se lo dice Ysopo a Enus, su ahijado traidor: *Vida del Ysopo*, Valencia, Juan Joffré, 1520.